

BOLETÍN OFICIAL DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO



ÍNDICE

Sr. Arzobispo

I. Escritos dominicales

-¿Pondremos nuestros medios al servicio de la humanidad?, el 1 de junio.....	153
-Pentecostés, el 8 de junio.....	155
-Orar por los contemplativos, en 15 de junio.....	156
-El Cuerpo y la Sangre del Señor, el 22 de junio.....	158
-Tú eres Pedro, el 29 de junio.....	159

II, Homilías

-Vigilia de Pentecostés, el 7 de junio.....	161
-Solemnidad de Pentecostés, el 8 de junio.....	163
-Solemnidad del Corpus Christi en rito hispano-mozárabe, el 19 de junio.....	165
-Alocución en la Plaza de Zocodover, el 19 de junio.....	167
-Solemnidad del Corpus Christi, el 22 de junio.....	169
-Santa Misa de Ordenación de Presbíteros y Diáconos, el 29 de junio.....	171

Secretaría General

I. Decretos:

-Causa de Canonización del siervo de Dios Antonio Rivera Ramírez.....	175
-Aprobación de Estatutos:	
-Cofradía de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, de Novés..	176
-Hermandad de Nuestra Señora del Carmen, de Noez.....	177
-Supresión de la Casa de las Hermanas de la Congregación San José de Cluny de Bargas.....	178

<i>II. Sagradas Órdenes.....</i>	179
----------------------------------	-----

<i>III. Nuestros difuntos.....</i>	179
------------------------------------	-----

ARZOBISPADO DE TOLEDO

BOLETÍN OFICIAL

Dirección y Administración: Arco de Palacio, 3. Teléfono 925 224100

Depósito legal TO. 3 - 1958

SR. ARZOBISPO

I. ESCRITOS

¿PONDREMOS NUESTROS MEDIOS AL SERVICIO DE LA HUMANIDAD?

Escrito dominical, el 1 de junio

Es un interrogante que inquieta, aunque mantenemos esa esperanza; está basada en la experiencia que nos dice que los medios de comunicación social utilizados correctamente son una bendición para nuestra sociedad. Pero antes de adentrarnos en la reflexión de la importancia de esta cuestión, quiero felicitar a quienes trabajan en los medios locales o no, sean éstos propiedad del Arzobispado o la Iglesia en Toledo, o pertenezcan a otras instituciones. Lógicamente mi felicitación tiene el rasgo especial para cuantos en la Iglesia de Toledo trabajan y se esfuerzan en ese sensible campo de los medios. La Iglesia celebra el 1 de junio la Ascensión de Jesús a los cielos, y ese acontecimiento supone una comunicación total de Cristo, pues resucitado ya no está sujeto a tiempo y espacio. Su humanidad glorificada es un gozo y una posibilidad de encontrarnos con el que es la cumbre de la Humanidad.

Podríamos enumerar todos los aspectos problemáticos de una desaforada utilización de los medios en todas sus modalidades y tecnologías posibles hoy. Llevamos unas semanas de polémicas y controversias: ¿cómo conseguir que en la red (internet, twitter, Facebook) no se ataque injustamente y de modo casi anónimo a las personas, incluso las asesinadas? Hay un poco de cobardía en esos insultos en la red. Con frecuencia comentamos también que la velocidad con la que se suceden las comunicaciones supera nuestra capacidad de reflexión y de juicio, sobre todo en los más jóvenes y aún niños; que no puede ser bueno perder la capacidad de guardar silencio para escuchar; que la variedad

de opiniones expresadas con tantos medios ha de entenderse, sí, como una riqueza, pero también es posible encerrarse en una esfera hecha de informaciones que sólo correspondan a nuestras expectativas e ideas, y no digamos a determinados intereses políticos y económicos. El Papa Francisco indica, además, en el mensaje para esta XLVIII Jornada de Medios de Comunicaciones Sociales que “El deseo de conexión digital puede terminar por aislarnos de nuestro prójimo, de las personas que tenemos al lado. Sin olvidar que quienes no acceden a estos medios (...) corren el riesgo de quedar excluidos”.

Esos límites son reales, pero en opinión del Papa “no justifican un rechazo de los medios de comunicación social; más bien nos recuerdan que la comunicación es, en definitiva, una conquista más humana que tecnológica”. Habrá, pues, que ser sagaces y a la vez perspicaces, en definitiva prudentes. Como en otros ámbitos, para que los medios y la red crezcan en humanidad y en nosotros aumente en comprensión recíproca también en mundo digital, necesitamos de formación, de esfuerzo para aprovechar toda esa energía que los medios tienen para bien de nuestra sociedad. Para los que aman a Dios todo contribuye al bien. Los valores y las virtudes que se inspiran en el cristianismo, y la visión del hombre como persona son una oportunidad única para encauzar el potencial que los medios poseen en sí mismos.

El Papa se atreve a sugerir, haciendo una interesante lectura de la parábola del buen samaritano, que la comunicación se ponga al servicio de una auténtica cultura del encuentro, como hizo aquel que liquidó prejuicios y atendió al que estaba herido y tumbado en el camino. Jesús, en efecto, invierte la perspectiva en las relaciones humanas: quien comunica se hace prójimo, cercano, ya que no trata el samaritano al otro sólo como su semejante, sino que es capaz de hacerse semejante al otro. Comprobamos, por ello, que queda mucho que hacer. Las estrategias comunicativas no garantizan la belleza, la bondad y la verdad de la comunicación.

El reto que lanza el Santo Padre es concreto: el mundo de la comunicación, los comunicadores no pueden ser ajenos de la preocupación por la humanidad, sino que está llamado a expresar también ternura. La red de cables existe; pero también existe y antes esa red de personas que constituye nuestra sociedad. Esa es la razón de insistir en que, gracias a las redes, el mensaje cristiano puede viajar “hasta los confines de la tierra” (Hch 1,8). Eso sí, no conseguiremos ese objetivo únicamente bombardeando mensajes; necesariamente ha de pasar el anuncio y el mensaje por la carne resucitada de los que viven según el Espíritu de Cristo, el hombre nuevo que nos encuentra en los caminos de nuestra historia.

PENTECOSTÉS

Escrito dominical, el 8 de junio

Os confieso, hermanos, que el final de los cincuenta días de Pascua, Pentecostés, es una fiesta con un atractivo especial. Así lo he sentido desde hace muchos años. En el proceso de la vida de encuentro con Cristo, que nos permite creer en Él, al principio no te das cuenta de la presencia del Espíritu Santo, que es precisamente el que hace posible ese encuentro. Después, cuando te adentras en el misterio de la Revelación que Dios nos hace de su amor y salvación, comprendes que, sin el Espíritu que Jesús resucitado envía, no hay Iglesia o ésta se parecería a una mera organización religiosa, sometida a envejecimiento. Y sin Iglesia y la Tradición no hay posibilidad de conocer a Cristo, más allá de un conocimiento humano histórico, pero no ese Jesús resucitado y vivo que te enamora y te fascina.

De manera que piensas: desde toda la eternidad el Padre nos ha amado en el Hijo, que se hace uno con nosotros y, vivo, está en la entraña de la comunidad que Él ha creado abierta a toda lengua, raza, pueblo y nación. Pero nada de esto ha sido posible sin el Paráclito que Cristo y el Padre han enviado. Todos los días, pues, estrenamos la fe cristiana, porque podemos encontrarnos con Jesús y el Espíritu nos fortalece para el combate cristiano de la fe. Y ahora pienso: este encuentro con Cristo y la comprensión del dinamismo de la fe cristiana es absolutamente necesario para que haya un Pueblo de Dios, compuesto de hombres y mujeres que han aceptado ese encuentro y Jesús se ha convertido en su Señor. Quiero decir que Pentecostés es una fiesta de todos, porque es la iniciación cristiana, es la sacudida de nuestra vida cómoda que nos hace salir de nosotros mismos, la posibilidad de hoy en nuestra concreta sociedad haya personas alcanzadas por Cristo para ser miembros de su Iglesia santa.

Pero ponemos especialmente de relieve en Pentecostés que la vocación del fiel laico sea cada vez más consciente de su corresponsabilidad en la Iglesia, de su papel insustituible en la vida pública (Iglesia en el mundo, decíamos hace ya varios años), de su dignidad y de sus capacidades al servicio del Reino de Dios. Y pedimos al Espíritu Santo que los hombres y mujeres cristianos (los *christifideles Laici*) sean cada vez más conscientes de su dignidad. Yo me alegro de esas palabras hermosas del Papa Francisco en la *Alegría del Evangelio*, 102: “Ha crecido la conciencia de la identidad y la misión del laico en la Iglesia. Se cuenta con un numeroso laicado, aunque no suficiente, con arraigado sentido de comunidad y una gran fidelidad en el compromiso de la caridad, la catequesis, la celebración de la fe. Pero la toma de conciencia de

esta responsabilidad laical que nace del Bautismo y de la Confirmación no se manifiesta de la misma manera en todas partes”.

Como vuestro Obispo agradezco mucho al Señor vuestra vida de fieles laicos en nuestra Iglesia, en parroquias y movimientos apostólicos, en organismos de la Iglesia, en cofradías y hermandades, en todas las tareas eclesiales. Os doy las gracias porque cada día dais testimonio de Jesucristo y en los trabajos del Evangelio, en la atención a los más pobres, en tantos lugares donde dais la cara por Cristo. Pero vosotros y yo sabemos que quedan muchos hijos de la Iglesia, fieles laicos, bautizados, que no se sienten como tales, que desconocen la grandeza de sentirse Pueblo de Dios, que caminan como ajenos a la fe y la vida cristiana, como si esta fe sólo fuera pura sociología religiosa que no entra en su interior; que vagan sin esperanza, sin un cambio de vida, que no saben quién es Cristo ni el Padre ni el Espíritu, ni gozan con la Palabra de Dios. Mucho queda por hacer.

Yo no estoy desanimado; al revés, estoy muy esperanzado con el caminar de tantos fieles laicos, con la alegría que da sentirte acompañado por tantos hijos de la Iglesia que con los pastores camina tras el Señor, dispuestos a anunciar el Evangelio de la vida, que da sentido a la historia y la vida de nuestra sociedad, que se movilizan porque la caridad del Señor acoja a los más débiles, por dar una educación y su vida a los hijos que han engendrado, y no quieren que sean otros (el Estado, el gobierno que fuera, la cultura dominante) quienes les “eduquen” y les muestren la orientación moral de sus vidas, porque la familia es primero. Yo rezo por vosotros y estoy dispuesto ayudar en esta tarea. El Espíritu Santo venga sobre nosotros, con la intercesión de la Virgen María, la Madre del Señor.

ORAR POR LOS CONTEMPLATIVOS

Escrito dominical, el 15 de junio Domingo de la Santísima Trinidad

Estamos ante la Jornada “Pro orantibus”, es decir, en la Jornada en que se pide a toda la comunidad cristiana que rece y se preocupe de nuestras hermanas y hermanos que viven su vocación cristiana de un modo singular: la vida contemplativa. Ésta tiene modalidades diferentes: clausura papal y constitucional u otro tipo de vida escondida en Cristo. Es una vocación que necesita una entrega total de la persona, larga vida de oración y contemplación, lectura meditada de la Palabra de Dios, pobreza, vida en común, silencio y sobriedad. Para muchos cristianos, la vida contemplativa tiene que ver con “monjitas encerradas” que hacen de pararrayos de la ira de Dios, que están ahí en tal o cual calle o espacio de nuestras ciudades o pueblos, generalmente bien acogidas o, mejor, bien aceptadas en el aprecio de nuestros cristianos. Muchos

las ayudan con sus limosnas o con otras dádivas, lo cual es de agradecer. Son “las que rezan”, ¿por los que no rezan? Tal vez. En cualquier caso, mucha es la gente que les hace llegar intenciones, preocupaciones y dificultades para que las Hermanas recen por ellas.

Yo, evidentemente no estoy de acuerdo con esta visión de la vida contemplativa en la Iglesia que, con algunos trazos, he descrito en el párrafo anterior. Pararrayos de la ira de Dios no es bueno considerar que son los 41 monasterios de clausura de nuestra Diócesis. Dios no es un Dios enfadado que necesite ser calmado. Su Hijo Jesucristo hizo oblación de su vida entregándose por nuestros pecados y, muerto en la Cruz, resucitó para nuestra justificación, y nosotros podemos y aún debemos participar de este “sentimiento de Cristo Jesús”. Por otro lado, ningún cristiano cumple con la llamada que Cristo le hace para vivir su vida cristiana, si él no sigue a Jesucristo libremente y acepta el contenido de la vida cristiana, por mucho que recen por él o ella. Sin duda que es muy bueno orar por los demás, pedir conversión, ofrecer la vida por el Evangelio y el Reino de Dios. Pero eso es otra cosa.

La vida contemplativa es una vocación personal, preciosa, de seguimiento de Jesucristo con una consagración al Señor con el corazón indiviso, que quiere estar escondida con Cristo Jesús, dedicada a la alabanza y la acción de gracias, a la vida litúrgica y, de un modo especial, a la oración de todo tipo, pero especialmente contemplativa de los misterios de Cristo que se realizan en la Iglesia. Nadie como las monjas y los monjes mantienen ese diálogo eterno entre Dios y su Pueblo, entre Cristo y su Esposa, en una vida entregada para siempre, no para un periodo de la vida, en diálogo de vida que llena el corazón. Y esa vida es eclesial, y muy necesaria para la comunidad cristiana. Ahora que el Papa Francisco nos insiste con toda su fuerza a salir, a evangelizar a “ir o salir”, sería un error pensar que estas Hermanas y Hermanos deben apartarse de su vocación o carisma para hacer, por ejemplo, una evangelización por nuestros pueblos y parroquias. Eso sería un dislate. Si todos evangelizamos más con nuestra vida que con nuestras pobres palabras, si todos necesitamos antes y después hablar más con Dios que de Dios, ellos, los contemplativos evangelizan sobre todo orando. Sin duda.

Pero, ¿qué hacemos nosotros por estos contemplativos? Sí hacemos, pero no lo más importante: ver que esa vida contemplativa es también para nuestros chicos y chicas, para nuestros jóvenes o menos jóvenes. ¿Considerad cuántos de nuestras comunidades parroquiales han entrado en un monasterio? La bajada en número de contemplativas españolas, por ejemplo, ha sido espectacular, un número irrisorio. Pero el Evangelio exige profundidad contemplativa, y cada vez son los contemplativos menos. Ciertamente el número no es decisivo. Pero os digo, hermanos, que es urgente orar en favor de los consagrados en la vida contemplativa, como expresión de que reconocemos, estimamos y

agradecemos el patrimonio espiritual de los monasterios en nuestra Iglesia. Hemos de acercarnos de verdad a lo que significa la vida específicamente contemplativa, conocerla de cerca como realidad que muestra el amor gratuito y libre a Jesucristo, y siendo tan necesaria como es en la Iglesia y para el mundo. También sé que es necesario iniciativas dirigidas a incentivar la vida de oración y contemplativa, para que la Iglesia sea la Iglesia que ora y responde a su Señor con la totalidad de la vida entregada, que trae la felicidad a los hombres. Os pido que oréis por estas intenciones, por estos hermanos y hermanas contemplativos en el día de la Trinidad Santa.

EL CUERPO Y LA SANGRE DEL SEÑOR

Escrito dominical, el 22 de junio Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo

Así denomina la Iglesia la fiesta que sigue al Domingo de la Santa Trinidad: *Corpus et Sanguinis Christi*. De este modo queremos vivirla nosotros, hijos de la Iglesia. Cuenta el cardenal T. Spidlik que un estudiante creyente y un amigo suyo no creyente viajaban juntos por Italia, donde, como en otros países europeos, la mayor parte de los monumentos son iglesias. Cuando entraban en alguna, el creyente se fijaba sobre todo en dónde estaba la capilla del Santísimo y rezaba una breve oración. El no creyente, que era una persona bien educada, no decía nada, permanecía en silencio.

En un determinado momento el no creyente expuso a su amigo una duda: “No logro imaginarme que en un pedacito de pan esté Dios y que vosotros vengáis a rezarle aquí delante”. Es una duda que surge en otros muchos. La Eucaristía tiene que ver con comer y beber y así acontece en la celebración eucarística: los fieles preparados para recibir a Cristo sacramentado se acercan a recibir el pan consagrado y, si la comunión se administra bajo las dos especies, beben la sangre del Señor. ¿Qué fuerza posee este comer y beber?

Conviene responder a esta pregunta comenzando con una reflexión que tiene que ver con todas las religiones: ¿dónde y cómo está presente Dios? Los pueblos primitivos no tenían dificultad en creer que las divinidades habitasen en algo material: en un árbol, en una montaña especial, etc. En la Biblia, sin embargo, se prohibía venerar a Dios en las colinas, en las imágenes, en las estatuas. El Dios de los filósofos es puro espíritu y por eso no puede material, e incluso los pensadores griegos clásicos hablaban de un Olimpo inmaterial, invisible. Los autores bíblicos no tienen ninguna intención de disminuir la trascendencia divina ni en el AT ni el NT. San Pablo escribe: “[Dios] habita una luz inaccesible” (1 Tim 6,16).

Sin embargo, en la historia de la salvación ocurre algo extraordinario: Dios mismo descendió al pueblo que eligió (cfr. Ex 19,16ss; 2 Cron 7). Al final aparece Aquel que sólo “bajó del cielo” (Jn 3,13), el Hijo del Hombre, Jesucristo. Pero no cabe duda de que los paganos de los primeros siglos del Cristianismo tenían las mismas dudas que los no creyentes tienen hoy respecto a la Eucaristía. El filósofo Celso afirma en el siglo II que no es sensato creer que Dios, causa primera del universo, pueda estar presente en un hebreo crucificado por los romanos. Por el contrario, este mensaje lo aceptan millones de cristianos y esta fe se transformó en piedra angular: el Dios inaccesible nació del hombre y habita en él. También es comúnmente aceptada por los cristianos esta verdad que lleva a unas consecuencias concretas: “Que cuanto hicisteis a unos de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” (Mt 25,40). Esta identificación de los cristianos con Cristo no sorprende ni siquiera a los no creyentes, que elogian a los que actúan conforme a ella.

Pero todo este realismo cristiano llega al estadio final cuando con las mismas palabras de Jesús, en la última Cena con sus discípulos, en la plegaria eucarística, invocamos la fuerza del Espíritu Santo sobre el pan y el vino, dones ofrecidos, y Cristo resucitado se acerca más a nosotros, pues el pan no es ya pan y el vino no es ya vino, sino la presencia real del Señor. Una increíble realidad dispuesta para ser gozada por nosotros, sus discípulos en la celebración justamente de la Eucaristía. ¿Cómo hacerla entender a quien no la acepta? Se puede, por supuesto razonar y así lo han hecho, y bien, los grandes pensadores de la Iglesia. También es bueno explicar este sublime misterio como lo hace san Juan de la Cruz, al hablar del Dios Trino y Uno: “Aquesta eterna fonte está escondida// en este vivo pan por darnos vida, // aunque es de noche. // Aquí se está llamando a las criaturas, // y de esta agua se hartan, aunque a oscuras, // porque es de noche.// Aquesta viva fonte que deseo, //en este pan de vida yo la veo, // aunque es de noche”.

TÚ ERES PEDRO

Escrito dominical, el 29 de junio

Conocemos bien estas palabras de Jesús: “Yo te digo, tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt 16, 18). La palabra clave de este texto es “iglesia”, en griego *ekklesia*. Es una palabra antigua, se usaba antes del cristianismo. Significaba la asamblea del pueblo, pero no una asamblea de modo informal, sino una asamblea oficialmente convocada. El término hebreo fue usado, pues, en la traducción griega de la Biblia.

¿En qué momentos se reunía de modo oficial el pueblo de Israel? A los pies

del Sinaí, después de que el pueblo salió de Egipto, se puede decir que Dios convocó al pueblo a través de Moisés, el representante que Él había designado. En aquella ocasión, el encuentro fue una verdadera asamblea nacional. Tenía una finalidad clara. Concluir la alianza con Dios, aceptar su ley con un sacrificio litúrgico. Dios da signos de su presencia en medio del pueblo y promete su constante protección. Los beduinos nómadas llegaron así a tener una unidad nacional y además una unidad sacra. Tales lazos se reforzaron todavía más después de la ocupación de la tierra de Canaán y después de la construcción del templo de Jerusalén por Salomón, signo de la presencia estable de Dios. Cuando más tarde la tierra fue ocupada por las potencias extranjeras y el templo destruido, se disolvió también la unidad nacional.

Leyendo de nuevo el texto de Mt 16,18, parece claro el nexo de unión con el AT. Mateo también habla de la destrucción de la ciudad vieja y del templo de Jerusalén (algo que sucedió el año 70 d.C.). Pero Jesús promete una nueva asamblea de Dios, esta vez fundada por Cristo pero sobre Pedro. También san Pablo habla de la Iglesia como la asamblea de los fieles, convocada por Dios, pero esta vez por medio de Cristo y en Cristo. Él permanece con su pueblo inseparablemente unida, y así se puede comparar a la Iglesia como la esposa (2 Cor 11,2-3), como su cuerpo, porque fue vivificada por su Espíritu (cfr. 1 Cor 12,13), el cual ahora abarca a todos, hebreos y paganos, uniéndoles. Es, pues, un dislate decir, por ejemplo, que Cristo predicó el Reino de Dios y más tarde apareció la Iglesia como si se tratara de una construcción humana de Pedro o de Pablo.

Esto está bien ilustrado en el icono que representa la venida del Espíritu Santo en la tradición oriental. Los apóstoles están sentados a los lados, como los obispos en un concilio. En el centro hay un puesto vacío pero misteriosamente iluminado, que significa la presencia invisible del mismo Cristo, mientras que la presencia de los apóstoles es totalmente visible. Si miramos a la Iglesia con una mirada puramente humana, vemos solo a los apóstoles y sus sucesores; pero con los ojos de la fe vemos a Cristo, que es su luz y su todo. El Espíritu de Dios desciende sobre la tierra a través del espíritu de los hombres.

¿Dónde puede encontrar el hombre a Dios? La respuesta más noble parecería ser la que puede dar el que levanta las manos diciendo: Dios está en el cielo, en lo alto, por encima de nosotros. Moisés, al contrario, encontró a Dios muy cerca, en una zarza ardiente y en la cima del Sinaí. Los hebreos sintieron la proximidad de Dios en el arca de la alianza y en el templo de Jerusalén. Sin embargo, Dios se identifica con el hombre Jesús de Nazaret a través del misterio de la encarnación. Hablar con Cristo significa hablar con el hombre y con Dios al mismo tiempo. Más tarde Cristo dice a los apóstoles: “Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20), identificándose con sus apóstoles por medio de su Espíritu. Por medio de los

apóstoles rezamos con Cristo, y el apóstol Pedro es la roca sobre la que se sitúa la Iglesia.

Sin embargo, los hombres no se manifiestan demasiado dispuestos a aceptar esta feliz noticia del Evangelio, aun cuando reconocen la necesidad de que los hombres se unan. Buscan, por tanto, fundamentos que a ellos les parecen sólidos. Así la cosas, lo que parece cierto es que la última etapa de la revelación es la voluntad de Cristo: Él quiere hablar con nosotros a través de un contacto directo con los hombres con los que se ha identificado, que son como el fundamento y la roca de la Iglesia, signo y órgano de su presencia unificadora entre nosotros. Ahí está aquel en el que hoy vive Pedro: el Papa Francisco. ¿Acaso esperamos a otro?

II. HOMILÍAS

VIGILIA DE PENTECOSTÉS

S. I. Catedral Primada, el 7 de junio

La presencia del Espíritu Santo, “que resucitó a Jesús de entre los muertos” (Rom 8, 11) está patente durante los cincuenta días de Pascua, y llega “in crescendo” hasta esta Vigilia y la festividad de mañana. Quisiera queabriéramos nuestro interior para acoger este don del Espíritu apoyándonos en las expresiones que la gran tradición católica ha creado para hablarnos del Paráclito, alma de la Iglesia.

Pensemos en la imagen del agua; ésta puede servir para muchos usos. También el Espíritu Santo, agua viva, se presenta y comporta en nosotros de un modo semejante. No es que Él resuelva los problemas por nosotros, ni que nos dispense del esfuerzo que lleva consigo los trabajos, pero tampoco nos deja solos; más aún, se sitúa a nuestro lado para que seamos santos en medio de nuestra actividad cotidiana. Y así como somos tan distintos unos de otros, así también son sus dones: múltiples y variados, pero siempre ordenados a desarrollar en cada uno de nosotros los carismas más útiles para el Pueblo de Dios. A nuestras soluciones concretas, el Espíritu corresponde con sus iluminaciones concretas: así se va desplegando el plan de salvación de Dios.

“El agua que yo le dé (al que crea en mí) se convertirá en él en manantial de agua viva, que brota para comunicar vida eterna”. Se nos habla aquí de un nuevo género de agua, un agua viva y que brota; pero que brota sólo sobre los que son dignos de ella. ¿Por qué el Señor da el nombre de agua a la gracia del Espíritu? Porque el agua es condición necesaria para la pervivencia de todas las cosas, porque el agua es el origen de las plantas y de los seres vivos, porque

el agua de lluvia baja del cielo, porque, deslizándose en un curso siempre igual, produce efectos diferentes. Diferente es el efecto del agua en una palmera o en la vid, aunque en todos es ella quien lo hace todo.

El agua es siempre la misma en cualquiera de sus manifestaciones, pues la lluvia, aunque cae siempre del mismo modo se acomoda a la estructura de los seres que la reciben, dando a cada uno lo que necesita. También el Espíritu Santo, siendo uno sólo y siempre el mismo e indivisible, reparte a cada uno sus gracias según su beneplácito. En efecto, se sirve de la lengua de uno para comunicar sabiduría; a otro le ilumina la mente con el don de profecía; a éste le da el poder de ahuyentar los demonios, a aquél gustar las Escrituras en la lectio divina. A uno le confirma en la temperancia de las pasiones; a otro le instruye en la misericordia; a éste le enseña a soportar el esfuerzo de la vida: “A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para utilidad común. Vienen a salvar, a curar, a enseñar con la bondad del genuino protector; viene a aconsejar, a fortalecer, a consolar, a iluminar la mente del que lo recibe y, después, por las obras de éste, la mente de los demás. Todos necesitamos de Espíritu.

Pero, ¿cómo entre tantos millones de cristianos, hay tan pocos santos? Hay que pensar en la correspondencia al Espíritu Santo, a su acción. Sin duda que Él sana a los enfermos, eleva a los caídos, santifica a los buenos, perdona a los pecadores. Él es la fuente de la santidad. Pero olvidamos que Cristo convivió con sus discípulos durante tres años, pero tuvo necesidad de enviar su Espíritu para poderles transformar. Así también hoy: el Espíritu suscita en cada hombre y mujer el problema religioso y por medio de su acción –suave y fuertemente– les encamina hacia su santificación. Él realiza en nosotros una segunda creación haciendo en nosotros hombres y mujeres “espirituales”, revestidos de Cristo. Pero nosotros solemos resistir a esta obra divina para construirnos otra más a nuestra medida: una aventura simplemente humana, limitada. Por esto, ¿quién, habiendo oído los nombres que se dan al Espíritu, no siente levantado su ánimo y no eleva su pensamiento? Ya que es llamado Espíritu de Dios y Espíritu de verdad que procede el Padre; Espíritu firme, Espíritu generoso, Espíritu Santo. Hermanos, el Espíritu Santo está presente en cada uno de los que son capaces de recibirlo, como si estuviera en él solo, infundiendo a todos la totalidad de la gracia que necesitamos. Pero hace falta fiarnos de Dios, abrirnos a Él.

Ya sabéis que nuestra santa Tradición es que, “consumada la obra que el Padre confió al Hijo en la tierra, fue enviado el Espíritu Santo en el día de Pentecostés, para que indeficientemente santificara a la Iglesia y, de esta forma, los que creen en Cristo pudieran acercarse al Padre en su mismo Espíritu. Él es el Espíritu de la vida, o la fuente del agua que brota para comunicar la vida eterna, hasta que el mismo Espíritu resucite en Cristo sus cuerpos mortales (...) así se manifiesta la Iglesia como una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y des Espíritu Santo (LG, 82).

Sin duda que el tiempo más indicado para que el Espíritu fuera enviado sobre nosotros era el de la partida de Cristo, nuestra Salvador. Porque, mientras Cristo convivió visiblemente con los suyos, éstos experimentaban su protección común; pero, cuando llegó el tiempo en que tenía que subir al Padre celestial, entonces (ahora) fue necesario que siguiera Jesús presente, en medio de sus discípulos, por el Espíritu, y así llevar adelante el mandato misionero de Jesús a todos los miembros de la Iglesia.

Ahora bien, hermanos: educadores, catequistas, apóstoles de Cristo laicos u ordenados sacerdotes podemos pensar, en nuestro entusiasmo inicial que es posible penetrar en el corazón de los hombres y resultar convincentes con la lógica de los argumentos. Sin embargo, sólo Dios penetra los corazones. Se puede animar con todas las fuerzas, se puede dar la vida en un sacrificio continuo, buscar todos los medios posibles, antiguos y nuevos, para formar cristianos convencidos, pero, a la postre, quien definitivamente lo consigue en el Espíritu Santo. No es que los medios humanos no puedan ser útiles para hacer nuevo lo ya conocido, pero corren el peligro de no pasar de adornos, si no es el Espíritu Santo quien actúa. Y el Espíritu Santo no podemos darlo si, antes, no lo poseemos.

Sólo quiero subrayar, queridos hermanos de esta Iglesia de Toledo, lo que prometió Jesús: “Yo le pediré al Padre que os dé otro Paráclito, que esté siempre con vosotros, el Espíritu de verdad (...); cuando venga Él, os guiará a la verdad completa, porque no hablará por cuenta propia, sino que os dirá cuanto se le comunique y os anunciará las cosas futuras. Él me glorificará porque tomará de lo que es mío”.

Os invito, hermanos, a recibir el don de Dios, el Espíritu Santo, al llegar a Pentecostés. El don de Cristo está todo entero a nuestra disposición y se halla en todas partes, pero se da únicamente a proporción del deseo y de los méritos de cada uno. Este don está con nosotros hasta el fin del mundo. No le rechazamos, es solaz en este tiempo; Él, con su actuación en nosotros, es la garantía de nuestra esperanza futura; Él es la luz de nuestra mente, el resplandor de nuestro espíritu. Nuestro mundo y nuestros hermanos le necesitan. Venga con abundancia, le pedimos con María y los Apóstoles.

SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS

S. I. Catedral Primada, el 8 de junio

Hermanos: El Espíritu Santo, que Dios había prometido a los profetas para cambiar el corazón de los hombres, ha llegado. Ahora conocemos a fondo a Jesús que nos da la paz y nos dice: “Recibid el Espíritu Santo”. Ahora no sólo

hablamos de Jesús sino que obramos como Jesús. Hemos sido transformados, conocemos la voluntad del Señor y poseemos la fuerza para dar testimonio del Evangelio.

Tenemos una misión que cumplir en el mundo: me fijo sobre todo en vosotros, fieles laicos, en concreto en los miembros de Acción Católica. Contamos con fuerza suficiente para llevar a cabo esta misión. El Espíritu Santo es el amor que nos estrecha con el Padre, con Jesucristo y entre nosotros. Ya no caben aislamientos, segregaciones, sino comunión en el amor. No divisiones, sino unidad.

Recordad lo que nos dice san Agustín: “Cada uno de nosotros puede saber cuánto posee del Espíritu de Dios, según el amor que siente por la Iglesia. Aún con todo, hermanos, nuestro poseer el Espíritu Santo no es tanto una realidad acabada, cuanto una semilla en evolución que alcanzará su plena madurez cuando seamos definitivamente transformados en Cristo. Seguimos en el empeño de que, como fieles laicos, alcancéis justo vuestra madurez en Cristo, siendo corresponsables en las comunidades cristianas. ¿Es hora de exigir? Yo no exijo; exige Cristo y su Espíritu.

Pero la misión es clara: “Id y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28, 19). Esta misión no es tarea únicamente humana: vosotros, con oración, con formación, con la fuerza del Espíritu participáis de la misión eclesial. Se os exige salir de vosotros mismos, dejar una cierta adolescencia en la fe y saberos destinatarios de la promesa de Dios; que Él derramaría su Espíritu sobre sus siervos y siervas y que estos profetizarían; esto es, que hablarían en nombre de Dios, pues la Iniciación Cristiana os ha capacitado para poseer la nueva condición, creada por Cristo.

Es preciso crecer en la conciencia de la eficacia de la acción del Espíritu Santo sobre cada uno de nosotros, para convertirnos en evangelizadores con Espíritu, convencidos, gozosos. “Evangelizadores con Espíritu, escribe el Papa Francisco, quiere decir evangelizadores que se abran sin temor a la acción del Espíritu” (EG 259). Claro, en Pentecostés, el Espíritu hace salir de sí mismos a los Apóstoles y los transforma en anunciadores de las grandezas de Dios. Pero en ellos estaba toda la Iglesia. De manera que a vosotros, hermanos fieles laicos, se os da también el anunciar la novedad del Evangelio con audacia, con voz alta, en todo tiempo y lugar, incluso a contracorriente.

Pero habéis de estar bien apoyados en la oración, sin la cual toda la acción corre el riesgo de quedarse vacía y el anuncio carecería de alma. Es un anuncio con palabras, pero “con una vida que se ha transfigurado en la presencia de Dios”. En Pentecostés, Dios nos envía aquel Abogado que nos hace capaces de Dios”. Pues, del mismo modo que el trigo seco no puede convertirse en una masa compacta y en un solo pan, si antes no es humedecido, así también

nosotros, que somos muchos, no podíamos convertirnos en una sola cosa en Cristo Jesús, sin esta agua que baja del cielo” (San Ireneo, *Contra las herejías*, libro 3, 17, 1-3).

Ahí, aquí está el Espíritu: no hemos sido bautizados únicamente con agua; nuestras personas recibieron con los sacramentos, y reciben hoy, el Espíritu con sus dones. Tenemos don de sabiduría e inteligencia; Espíritu de consejo y fortaleza, Espíritu de ciencia y de temor del Señor. ¿Por qué? Porque el Espíritu de Dios descendió sobre su Hijo, el Señor. Pero Cristo Jesús, a su vez, lo dio a la Iglesia, enviando al Abogado sobre toda la tierra. ¿Habéis comprendido que Jesús dijo que Satanás había sido arrojado como un rayo? Nosotros necesitamos de ese rocío divino, para que demos fruto y no seamos lanzados al fuego y a la futilidad de existir.

Si tenemos a quien nos molesta, nos acusa, nos obstaculiza, tengamos también un Consolador, al que Cristo ha encomendado el cuidado del hombre y la mujer. Todos, de algún modo, hemos caído en manos de ladrones; pero el Señor se compadeció de nosotros, vendó nuestra heridas, entregó después dos denarios al posadero para que nosotros, recibiendo por el Espíritu la imagen y la inscripción del Padre, del Hijo, hagamos fructificar el denario que se nos ha confiado, retornándolo al Señor con intereses.

Mis hermanos, los obispos de la CEAS os invitan a tener, junto a la *Evangelii Gaudium*, la CFL, de Juan Pablo II. ¡Qué buen consejo! Uno y otro escrito lleva impresas el amor de estos Pontífices hacia vosotros, hermanos fieles laicos; sobre vosotros miembros de la Acción Católica General. Rezamos por vosotros, los que hoy pasáis y renováis la militancia, el discipulado de Cristo. Con vosotros está la Madre del Señor.

SOLEMNIDAD DEL CORPUS CHRISTI EN RITO HISPANO-MOZÁRABE

S. I. Catedral Primada, el 19 de junio

Mis respetos y mi saludo a cuantos hoy celebráis en el Rito Hispano-Mozárabe la hermosa liturgia del Santísimo Cuerpo de Cristo; el amor del Señor en este día va sobre todo para los enfermos y mayores que conectáis con la Catedral por radio y televisión: os tenemos presentes y oramos por vosotros. Hoy es un día grande para España y pido oraciones por nosotros y por el Rey.

La Palabra de Dios es muy breve en esta Misa; pero la Escritura es siempre jugosa y nos deja ese olor a pan recién hecho, como gustaba decir san Francisco. Precisamente los Proverbios de Salomón hablan de cómo la Sabiduría del Padre, que es el Hijo, ha edificado su casa, ha labrado siete columnas, ha

sacrificado víctimas, ha mezclado el vino y ha preparado la mesa. Sí hermanos, Dios tiene dispuesto un banquete, y ha enviado a sus criados a anunciar en los puntos que dominan la ciudad: “Venid aquí los inexpertos”; y a los faltos de juicio les dice: “Venid a comer de mi pan, a beber el vino que he mezclado; dejad la inexperiencia y viviréis, seguid el camino de la inteligencia”.

Si tuviera que destacar en los libros de la Sagrada Escritura una imagen para expresar el amor salvador a los hombres y mujeres, esta imagen bien podría ser la del banquete preparado –para la boda de su Hijo se explicita en el NT- y la invitación insistente a que todos vengan a festejar semejante alegría. ¡Qué impresionante! Sin duda que nosotros, jóvenes siempre inexpertos e imprudentes, podemos rechazar semejante fiesta y banquete. Pero entonces no tendremos el gozo de quien encuentra a Cristo, ni encontraremos la vida ni el favor del Señor. Eso sí, Cristo siempre dirá: dichosos el hombre y la mujer que me escucha. La invitación sigue. Seguirá siempre abierta.

Nosotros, pues, no hacemos más que recibir una tradición, que procede de Jesús, y que transmitimos al mundo y la siguiente generación cristiana: “Que el Señor Jesucristo, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía. Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía”. Es lo que ha proclamado el lector hace breves momentos.

Esta memoria o memorial de Jesús no es algo trivial. Bien lo saben los que desgraciadamente profanan la Eucaristía robando sagrarios o esparciendo formas consagradas. No. Es la fuerza del amor de Cristo que nos urge, nos juzga y nos saca de nuestro interés y desamor. Es el signo perenne del amor de Dios, tantas veces desconocido, ignorado al no apreciarlo. Este Cristo es el mismo que está en el más pobre, en el que sufre, al que nos acercamos, porque, si en este mundo no hay caridad y atención al ser humano en su totalidad, de poco valen tantos esfuerzos por procurar buena economía, como tampoco tanto gritar cambios antisistema sin comenzar a cambiar personalmente ni acercarse a la realidad de cada día.

No aprovechar la fuerza que tiene este Cristo, pan y vino para la vida del mundo, significa no tener en cuenta la carne que es verdadera comida y la sangre que es verdadera comida del que ha sido enviado por el Padre de los cielos, que vive por el Padre. Quiero decir que resolver el hambre y la sed de los hombres no termina con solucionar problemas de necesidad humana perentoria. Sin duda esta preocupación es muy importante; pero somos los hombres y mujeres sujetos de muchas necesidades: los humanos somos también ansias de gozo, deseos de justicia, ganas de belleza y armonía, búsqueda de la fraternidad. “El que me come vivirá por mí”.

A lo largo de la historia, Jesús ha llamado siempre la atención de los humanos; desde los discípulos de Emaús, muchos han advertido hacia aquel hombre misterioso una extraordinaria atracción, y lo invitaron a quedarse con ellos. Jesús aceptó y entró en su casa. Y cuando estando en la mesa bendijo el pan y lo partió, ellos le reconocieron. Pero también reconocieron que en realidad era Él quien les invitaba al Banquete de un pan partido para la vida del mundo.

“Rogemos para que todo cristiano, reviviendo la experiencia de los discípulos de Emaús, especialmente en la Misa Dominical, redescubra la gracia del encuentro transformante con el Señor, con el Señor resucitado, que está con nosotros siempre. Hay siempre una Palabra de Dios que nos guía en vuestra desorientación; y un Pan partido que nos hace seguir adelante” (Papa Francisco, Regina Coeli, 4 de mayo 2014).

ALOCUCIÓN EN LA PLAZA DE ZOCODOVER

Procesión eucarística en la solemnidad del Corpus Christi en Rito Hispano-Mozárabe, el 19 de junio

Señor Sacramentado: “Tú te quedas con nosotros bajo la apariencia del pan con que robusteces los corazones, de manera que por la fuerza de este pan, durante estos días dedicados a tu nombre, podamos ayunar sin impedimento del cuerpo y la sangre, teniéndote a ti mismo como pan, porque sacias a los pobres con pan celestial” (Misal Hispano-Mozárabe, Illatio de la Misa Corpus Domini).

Hermanos, es verdaderamente bendito nuestro Señor Jesucristo, que instituyó la Eucaristía y enseñó a sus discípulos a vivir con pura inocencia y a ofrecer el sacrificio de alabanza a solo Dios, pero no con sacrificios de animales o frutos de la tierra, sino con el sacrificio de la entrega de su Hijo para siempre. Esta acción salvadora del Señor Jesús es grandiosa y hace muchos siglos que sintió el Pueblo cristiano la necesidad de prolongar la Eucaristía por calles y plazas. De este modo, nosotros, cristianos de Toledo, nos sentimos impulsados un año más a colocar el Santísimo Sacramento en la impresionante custodia de Arfe y recorrer nuestra ciudad y estar delante del Señor, a su disposición y también, estar unos al lado de otros.

Pero sabemos que la Eucaristía no es un asunto privado en el círculo de amigos que formaran un club de personas afines y en el que se buscan unos a otros; no se trata, por tanto, de algo que sucede porque personas que ya están de acuerdo se reúnen unas con otras. La celebración de la Eucaristía se nos olvida con frecuencia que es la pública asamblea cultural de todos aquellos a quienes convoca el Señor, sin que le importe a Él cuál sea su composición, pues todos son llamados y convocados. Así pues, como vemos hacer a Jesús

en el Evangelio cuando come con todo tipo de personas, fue propio de la celebración de la Eucaristía el que en ella tomaran asiento, uno al lado de otro, el aristócrata que ha descubierto el cristianismo, el estibador del puesto de Corinto; el esclavo pobre que, según el derecho romano, no era considerado plenamente persona. También es propio de la celebración de la Eucaristía que el filósofo tome asiento junto al analfabeto; la prostituta convertida y el publicano arrepentido junto al asceta, que ha encontrado a Jesucristo. Hubo personas que se oponían a esta praxis, pero esa es la Eucaristía, porque así es la Iglesia. Y nos cuesta entenderlo y por eso no está con nosotros del todo el espíritu de Jesucristo, que supera barrera y conduce a los hombres a una nueva unidad, anclados en el Señor.

Significa esto, Señor Jesucristo, que en el corazón de tu Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros; significa que confesar que el Hijo de Dios asumió nuestra carne humana es aceptar que cada persona humana ha sido elevada al corazón mismo de Dios. Confesar que tú diste tu sangre por nosotros y que eso nos impide dudar que tu amor sin límites ennoblezca a todo ser humano; que tu redención tiene un sentido social y que tu Espíritu nos da fuerzas para desatar los nudos de los sucesos humanos, incluso los más complejos e inaceptables. Que evangelizar procura también cooperar con la acción liberadora del Espíritu; que entre evangelización y promoción humana hay una profunda conexión.

¡Qué peligroso y qué dañino es este acostumbrarnos a perder el asombro, el entusiasmo por vivir el Evangelio de la fraternidad y de la justicia! La palabra de Dios, tu palabra Señor, enseña que en el hermano está la permanente prolongación de tu Encarnación para cada uno de nosotros: “Lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis”.

Repítenoslo tú, Cristo: lo que hagamos con los demás tiene una dimensión trascendente. Salir, pues, hacia el hermano necesitado es de absoluta prioridad, ya que este es uno de los mandamientos principales que fundan toda norma moral e indica el camino de crecimiento espiritual. Haznos, Señor, entender que esta es la respuesta a tu donación total hacia nosotros.

Ayúdanos, Señor Sacramentado, a entender hoy, que en tu enseñanza está que Dios quiere la felicidad de sus hijos también en esta tierra, aunque estemos llamados a la plenitud eterna, de la que no habla nuestro mundo, porque el Padre de los cielos creó todas las cosas “para que las disfrutemos” (1 Tim 6, 17), para que todos puedan disfrutarlas. Te pido que no olvidemos esta lección de amor, que tanta paz puede traer a nuestra dolorida sociedad. Por ello, Señor, que nadie nos exija que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social, sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil, sin opinar sobre acontecimientos que afectan a los ciudadanos. Con el Papa Francisco, también nosotros confesamos:

“Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita, con todos sus dramas y cansancios, con sus anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades. La tierra es nuestra casa común y todos somos hermanos. Si bien “el orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política”, la Iglesia “no puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia” (EG, 183)

SOLEMNIDAD DEL CORPUS CHRISTI

S. I. Catedral Primada, el 22 de junio

Queridos hermanos: el Señor, con la luz diurna de su sabiduría, puede ahuyentar las tinieblas de nuestra mente porque Él es el Pan de vida, expresión bíblica que no alude únicamente al pan eucarístico, sino igualmente a la claridad de mente que nos da el Revelador del Padre, Jesucristo. Estoy seguro de que, iluminados por Él nosotros, cristianos, le serviremos con espíritu renovado y puro. ¡Qué importante es servir a Cristo en estos momentos de la historia! Estamos cansados de oscuridades, mentiras, palabras huecas, promesas que dejan el corazón vacío, amores que no están orientados y que desorientan. ¿Cuándo aprenderemos que “no sólo de pan vive el hombre, sino de todo cuanto sale de la boca de Dios”?

Olvidamos al Dios manifestado en Cristo, siempre a nuestro lado; creemos que está alejado de nosotros. No, hermanos, y la sabiduría está precisamente en comprender y en contemplar en nosotros mismos la vida de la resurrección que hemos celebrado en los 50 días de Pascua. Esa vida no tiene comparación con cualquier otra riqueza y nada debería apartar nuestras mentes de sus deleites. Yo creo que no sabemos amar la vida ni lo que vale Cristo. Nos vendría bien que se imprimiera en nosotros el valor inefable del amor de Jesucristo, de modo que nuestra constante adhesión a Él fuera constante y no fluctuante. El amor debe ser amado.

Cada día podemos estrechar a Cristo y recibirle en nuestro cuerpo por medio de los sacramentos, algo que ocurre de un modo tan especial en la Eucaristía, hasta el punto de ser dignos de experimentar en nuestra persona la resurrección que esperamos. Es la dimensión entrañable de la vida sacramental, propia de cada cristiano. ¿Por qué en esta hermosa realidad de la intimidad con Dios en Cristo no apreciamos el amor que Dios nos tiene a cada uno? Hermanos: os digo que es preciso darse a Cristo, vivir de los sacramentos de la fe y gozar de la obra salvadora del Señor en nuestras personas. No hay otra forma de salir de esta crisis de fe y amor a Jesucristo que padece nuestra sociedad y nuestra Iglesia.

Por la gracia del Bautismo llevamos escondido en nuestro cuerpo el tesoro que Tú nos has dado, Señor; haz que nos alegremos de tus dones, para que ese tesoro siga creciendo en la mesa de tu Sacramento. Tenemos en nosotros, Señor, el memorial tuyo, recibido de tu mesa; haz que alcance su realidad plena en la renovación que comenzó aquí y que será la renovación futura. Celebrar la Misa no puede consistir en un mero recuerdo interior y subjetivo; el memorial de tu muerte y resurrección lleva en sí la capacidad de darnos una invisible pero real presencia del *Mysterium Christi*, tu misterio, Señor sobre el altar, cada vez que celebramos la Eucaristía que Tú nos dejaste.

El Señor, hermanos, nos ha dicho: “El que me come vivirá por mí”. Estas palabras nos permiten comprender cómo lo que creemos y celebramos en la Eucaristía tiene en sí una fuerza que lo convierte en principio de vida nueva en nosotros y forma de la vida cristiana. Estamos necesitando esta fuerza para cambiar la cara siniestra de nuestra sociedad, para que el amor llegue a todos cuantos lo necesitan, para tener una comprensión nueva de la existencia. Comulgando, en efecto, el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo se nos hace partícipes de la vida divina de un modo cada vez más adulto y consciente, como decía san Agustín: “Soy el manjar de los grandes: crece, y me comerás, sin que por eso me transforme en ti, como el alimento de tu carne; sino que tú te transformarás en mí” (Confesiones VII, 10,16). En efecto, no es el alimento eucarístico el que se transforma en nosotros, sino que somos nosotros los que gracias a él acabamos por ser cambiados misteriosamente. Cristo nos alimenta uniéndonos a Él; nos atrae hacia sí.

El misterio pascual, que hace tan poco tiempo hemos vivido en la Iglesia, es de una belleza espiritual inusitada, pues Cristo en la misma mortalidad nos ha hecho comprender nuestra propia belleza, si somos sus discípulos y tenemos sus mismos sentimientos. La crucifixión del Salvador fue el término de su vida mortal, pero su resurrección ha hecho crecer en nosotros nuestro hombre y mujer espirituales, según el Espíritu. Que ahora, la visión de los signos sacramentales, sobre todo, de la Eucaristía, nos ayude a conocer de veras la resurrección.

No prives, Señor, a nuestra mente de tu manifestación espiritual; haz que nos movamos en él como hombres y mujeres conducidos por el Espíritu. No apartes de nosotros el calor de tu suavidad. La mortalidad latente en nuestro cuerpo derrama en nosotros la corrupción; que la aspersion de tu amor borre de nuestros corazones los efectos de la mortalidad. Concédenos, Señor, que caminemos con presteza hacia la patria definitiva y que, como Moisés desde la cumbre del monte, podamos ya desde ahora contemplarla por la fe. Que así sea.

SANTA MISA DE ORDENACIÓN DE PRESBITEROS Y DIACONOS

S. I. Catedral Primada, el 29 de junio

Mi saludo afectuoso para todos, hermanos que llenáis la Catedral en este día de los Apóstoles Pedro y Pablo. Esa institución fundamental para una Iglesia particular que es el Seminario presenta al Obispo los candidatos a la ordenación para el orden de los Diáconos y de los Presbíteros. Los formadores, los profesores, cuantos han contribuido a su formación saben de la grandeza de este momento: jóvenes que han seguido la llamada de Jesucristo reciben en su carne, en su persona, la participación en el sacerdocio de Cristo. Se han preparado para no pertenecerse a sí mismos, sino a los demás fieles laicos y consagrados, en un servicio que no pueden hacer con sus solas fuerzas, sino con la gracia del Sacramento del Orden.

Es un día de una enorme alegría para sus padres, para su familia, para las parroquias que les vieron nacer o donde han vivido; pero también para todo el Pueblo cristiano, que sabe de la importancia del sacerdocio y de buenos sacerdotes. Es momento, pues, también de oración, de exigencia y cercanía a estos nuevos presbíteros y diáconos. Orar por ellos es necesario y signo de que somos una familia, en la que a éstos Cristo les exige una vocación concreta que tiene que ver con todas las demás vocaciones cristiana. Santa María acoja en su protección a estos hermanos nuestros.

Conocemos bien las palabras de Cristo en el evangelio de hoy: “Ahora te digo yo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt 16,18). La palabra clave de este texto es “iglesia”, en griego “ekklesía”. Es una palabra antigua, que se usaba antes del cristianismo. Significaba la asamblea del pueblo de Israel, pero no una asamblea de modo informal, sino una asamblea oficialmente convocada.

¿En qué momentos se reunía de modo oficial el pueblo de Israel? Por ejemplo a los pies del Sinaí, después de que el pueblo salió de Egipto. Aquí Dios convocó al pueblo por medio de Moisés, el representante que él había designado. En aquella ocasión, el encuentro fue una verdadera asamblea nacional, y tenía una finalidad clara: concluir la alianza con Dios, aceptar su ley con un sacrificio litúrgico. Así Dios dio signos de su presencia en medio del pueblo y prometió su contante protección. Estos beduinos nómadas, descendientes de Abraham, llegaron así a tener una unidad que es, además, una unidad sacra. Tales lazos se reforzaron todavía más después de la ocupación de la tierra de Canaán, la Tierra prometida, y de la ocupación del templo de Jerusalén por Salomón, signo estable de la presencia de Dios. Cuando más tarde Israel sea ocupado por potencias extranjeras y el templo destruido, se disolvería también la unidad nacional.

Leyendo de nuevo el texto del evangelio de hoy, parece claro que hay un

punto de unión con el AT. San Mateo habla también de la destrucción de la ciudad vieja y del templo de Jerusalén (algo que sucedió el año 70 d.C.). Pero en esta ocasión Jesús promete una nueva asamblea de Dios, esta vez fundada por Cristo pero sobre Pedro. También san Pablo hablará más tarde de la Iglesia como la asamblea de los fieles, convocada por Dios, pero por medio de Cristo y en Cristo. Es decir, Jesús permanece con su Pueblo inseparablemente unido. Por ello, se puede comparar a la Iglesia con la esposa (como en 2 Cor 11,2-3), con su cuerpo, porque fue vivificada por su Espíritu (cfr. 1 Cor 12,13). Esta Iglesia abarca ahora a todos, hebreos y paganos, uniéndoles. Es, pues, un dislate afirmar, por ejemplo, que Cristo predicó la llegada del Reino de Dios y, más tarde, a pareció la Iglesia como si se tratara de una construcción humana que hubieran hecho Pedro o Pablo.

Esta es la tradición cristiana genuina. En la tradición de Oriente cristiano hay iconos que representan la venida del Espíritu Santo. En ellos los Apóstoles están sentados a los lados, en círculo u asamblea, como cuando celebran un concilio. En el centro hay un puesto vacío pero misteriosamente iluminado, que significa la presencia invisible del mismo Cristo, mientras que la presencia de los Apóstoles es totalmente visible. Si miramos la Iglesia con una mirada puramente humana, vemos solo a los Apóstoles y sus sucesores; pero con los ojos de la fe vemos a Cristo, que es su luz y su todo. El Espíritu de Dios desciende sobre la tierra a través del espíritu de los hombres.

¿Por qué me esfuerzo en trazar estos rasgos de teología sobre la Iglesia? Hay una razón, hermanos, pensando también en vosotros ordenandos. Ciertamente el hombre y la mujer contemporáneos pueden encontrar a Dios confesando que Él está, como decimos, en el cielo, en lo alto, por encima de nosotros. Hay pruebas de que Él existe y que no es inalcanzable para el ser humano. Pero en la Sagrada Escritura, en la tradición bíblica y eclesial, se muestra que Dios se acerca también a nosotros, que encontró a Moisés en la zarza ardiente y en la cima del Sinaí. Los hebreos sintieron la proximidad de Dios igualmente en el Arca de la alianza y en el templo de Jerusalén.

Pero en la plenitud de los tiempos, cuando llega Jesús de Nazaret, Él se identifica con Dios Padre. Hablar con Cristo, encontrarse con Él, significa hablar con el hombre y con Dios al mismo tiempo. Y cuando más tarde Jesús afirma: “El que a vosotros escucha, a mí me escucha”, o “Como el Padre me envió, así os envío yo”; y aún más: “y sabed que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo”, entendemos que Pedro y los otros Apóstoles no son figuras decorativas, que no signifiquen nada en nuestra fe cristiana. Pedro es –como su nombre indica– la Roca sobre la que se sitúa la Iglesia.

Hay, pues, un hablar de Jesucristo con nosotros por contacto directo con los hombres con los que se ha identificado: los Doce, con Pedro a la cabeza. El Papa Francisco, en el que hoy vive Pedro, “el hombre que lleva un cántaro

de agua”, que dice san Juan de Ávila, es parte fundamental de cada comunidad cristiana, como lo es el Obispo diocesano; es parte fundamental de mi fe. ¿Puedo yo prescindir de Pedro porque no se adecúa a lo que yo pienso o espero del sucesor de san Pedro? ¿Acaso esperamos a otro? Para un sacerdote, como para un Obispo, sería peligroso pensar así, pues, ¿dónde fundamentar la autoridad de actuar en nombre de Cristo, Cabeza de la Iglesia en las comunidades cristianas? Sería buscar fundamentos poco sólidos y, en el fondo, no seguir al Señor como Él quiere.

Vosotros, ordenandos, habéis sido llamados al orden de los presbíteros y de los diáconos. Como bien sabéis, Jesucristo es el único sumo sacerdote del NT, pero en Él también todo el Pueblo santo de Dios ha sido constituido pueblo sacerdotal. Sin embargo, entre sus discípulos, el Señor Jesús quiso escoger a algunos en particular, para que, ejercitando públicamente en la Iglesia y en su nombre el oficio sacerdotal en favor de todos los hombres, continúen su misión personal de maestro, sacerdote y pastor. ¿Acaso esta misión os coloca por encima de los demás cristianos? Yo creo que no. Ciertamente, seréis configurados con Cristo, sumo y eterno sacerdote, es decir, seréis consagrados como verdaderos sacerdotes del NT, y con este oficio, que os une a vuestro Obispo en el sacerdocio, seréis predicadores del Evangelio, pastores del Pueblo de Dios, y presidiréis los actos de culto, especialmente la celebración del sacrificio del Señor.

Pero no se os ocurra ejercitar el ministerio, o dispensar la palabra de Dios a todos, si no es como vosotros, gratuitamente, la habéis recibido de vuestras madres, de vuestros padres, de vuestros catequistas, de vuestros formadores, de vuestra Iglesia en definitiva. No tenéis más méritos que otros, recibiréis una gracia en la ordenación. Y no tendréis autoridad moral alguna, ni cariño de vuestros fieles, si no leéis y meditáis asiduamente la Palabra del Señor, para creer lo que habéis aprendido en la fe y si no vivís lo que ensañáis.

Vuestra doctrina, que no es vuestra, sea alimento para el Pueblo de Dios. Es la doctrina del Señor, no son vuestras genialidades, que quiera Dios tengáis muchas pero a lo divino, la que ha de alimentar a vuestros fieles. Así será perfume de vuestra alegría y sostenimiento en la fe para los fieles de Cristo. Hay que edificar la casa, pero el albañil es Cristo, porque es la Casa de Dios. Quiera el Señor que reconozcáis lo que hacéis, imitéis lo que celebráis. Es la única forma de participar en el misterio de la muerte y resurrección del Señor, llevéis la muerte de Cristo en vosotros y caminéis con Él en una vida nueva.

“Y pensad en lo que decía san Agustín de los pastores que buscaban solo agrardarse a sí mismos y usaban las ovejas del Señor como alimento y para vestirse, para llevar puesto la majestad de un ministerio que no se sabía si era de Dios (...). Tened siempre ante los ojos el ejemplo del Buen Pastor, que no vino para ser servido, sino para servir, y buscar y salvar lo que estaba perdido” (Papa Francisco, Homilía ordenaciones sacerdotales el 11.05.2014).

SECRETARÍA GENERAL

I. DECRETOS

NOS, DOCTOR DON BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA

por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España

Visto el escrito del día 10 de diciembre de 2013, del P. Rvdo. P. Pierdomenico Volpi O. Cist., postulador legítimamente constituido en la causa de canonización del siervo de Dios **Antonio Rivera Ramírez** (1916- 1936), primer presidente diocesano de jóvenes de la Acción Católica de Toledo, por el que solicitaba continuar la instrucción de dicha causa;

consultados los hermanos en el episcopado de nuestra Provincia Eclesiástica y hechas las debidas y oportunas investigaciones, y convencido del fundamento sólido de la Causa y de que no existen obstáculos contra la misma, por las presentes:

DECRETO

Reanudar la **instrucción de la causa de canonización** del siervo de Dios **Antonio Rivera Ramírez** y ordeno que se continúe el proceso sobre la vida, virtudes y fama de santidad de dicho siervo de Dios, a tenor de la vigente legislación para las causas de los Santos.

No pudiendo presidir personalmente el tribunal que ha de instruir dicho proceso, a causa de mis ocupaciones pastorales, por las presentes nombro para la instrucción del mismo como Juez Delegado al M. I. Sr. D. Francisco Javier Hernández Pinto; Promotor de Justicia al M. I. Sr. D. Francisco Javier Salazar Sanchís y Notario actuario al Rvdo. Sr. D. Rubén Zamora Nava.

Nuestro canciller comunicará diligentemente a los mencionados miembros del Tribunal el nombramiento que he hecho de cada uno de ellos, para que comparezcan todos el día 7 de junio de 2014, a las 09:30 horas, en la parroquia

de San Julián de Toledo, con el fin de aceptar los cargos para los que han sido designados, prestar el debido juramento e intervenir en las demás diligencias del mencionado proceso.

Publíquese este Decreto en el Boletín Eclesiástico de nuestro Arzobispado, en las parroquias de la Archidiócesis y en los Medios de Comunicación Social.

Dado en Toledo, a 1 de junio de 2014
solemnidad de la Ascensión del Señor.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. el Sr. Arzobispo Primado,
José Luis Martín Fernández-Marcote
Canciller-Secretario General

* * *

Nos, DOCTOR DON BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España

Aceptada la instancia que con fecha del cinco de mayo ppdo. nos presenta la Cofradía de la «**Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo**», erigida canónicamente el veinticuatro de junio de dos mil cuatro y con domicilio social en la *Ermita del Cristo de la Sangre* de la parroquia de “*San Pedro Apóstol*” de NOVÉS (Toledo), solicitando la aprobación de los nuevos Estatutos reformados conforme a las normas canónicas y diocesanas vigentes;

Examinados los referidos Estatutos en los que se determina el objetivo social de la Cofradía, Y visto que se encuentran en todo conforme a lo preceptuado por el Código de Derecho Canónico (cc. 301 y 312 al 320), y obtenido previamente el dictamen favorable del Delegado diocesano de Religiosidad Popular, Hermandades y Cofradías, por el presente,

DECRETO

La aprobación de los Estatutos por los que en adelante ha de regirse la Cofradía de la «Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo» de NOVÉS (Toledo), según la nueva redacción aprobada en Asamblea General celebrada el 27 de abril de 2014 y verificados por el Canciller-Secretario.

Confío que la Cofradía ayude a todos sus miembros a vivir una vida cristiana más profunda y auténtica, que contribuya a propagar la devoción y amor a Nuestro Señor Jesucristo en los Misterios de su Pasión, Muerte y Resurrección, así como a un mayor compromiso caritativo y apostólico.

Dese traslado a la Cofradía un ejemplar de los Estatutos, con el presente Decreto, y guárdese otro ejemplar en el Archivo de esta Curia.

Dado en Toledo, a 12 de junio de 2014.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. el Sr. Arzobispo Primado,
José Luis Martín Fernández-Marcote
Canciller-Secretario General

* * *

Nos, DOCTOR DON BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España

Aceptada la instancia que con fecha del 25 de julio de 2013 nos presenta la **“Hermandad de Nuestra Señora de Carmen”**, con domicilio social en la Iglesia parroquial de *“San Julián”* de NOEZ (Toledo), junto con los Estatutos por los que han de regirse, solicitando la aprobación de los mismos, así como la erección canónica de la Hermandad, como persona jurídica pública de la Iglesia.

Examinados los referidos Estatutos en los que se determina el objetivo social de la Hermandad, y visto que se encuentran en todo conforme a lo preceptuado por el Código de Derecho Canónico (ce. 301 y 312 al 320), y obtenido previamente el dictamen favorable del Delegado diocesano de Religiosidad Popular, Hermandades y Cofradías, por el presente,

DECRETO

1. La aprobación de los Estatutos de la Hermandad de **“Nuestra Señora del Carmen”** de NOEZ (Toledo), según la redacción de Estatutos que se acompañan a este oficio, aprobados en Asamblea General el 20 de julio de 2013, y verificados por el Canciller-Secretario.

2. La erección canónica de la Hermandad, quedando constituida en asociación pública de la Iglesia en esta Archidiócesis, y le concedemos personalidad jurídica pública.

Confío que la Hermandad ayude a todos sus miembros a vivir una vida cristiana más profunda y auténtica, que contribuya a propagar la devoción y culto a la devoción y culto a la Santísima Virgen María en su advocación *de Ntra. Sra. del Carmen*, así como a un mayor compromiso caritativo y apostólico.

Dese traslado a la Hermandad un ejemplar de los Estatutos, con el presente

Decreto, y guárdese otro ejemplar en el Archivo de esta Curia.

Dado en Toledo, a 12 de junio de 2014.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. el Sr. Arzobispo Primado,
José Luis Martín Fernández-Marcote
Canciller-Secretario General

* * *

Nos, DOCTOR DON BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España

SUPRESIÓN DE LA CASA DE LAS HERMANAS DE LA CONGREGACIÓN SAN JOSÉ DE CLUNY DE BARGAS

En atención al escrito que con de fecha 29 de abril ppdo. nos presenta la Superiora Provincial en España de la Congregación de **San José de Cluny** en el que nos comunica que, con la aprobación del Consejo Provincial, han acordado suprimir la Comunidad sita en el Callejón del Vaquero nº 3 de BARGAS (Toledo).

En conformidad con el canon 616 del Código de Derecho Canónico y los Estatutos propios de la Congregación, por las presentes, accedo a lo solicitado y doy el Visto Bueno para que, conforme a derecho y sus Constituciones, quede suprimida la referida Casa.

Así mismo, ya tenor del canon 1224, decretamos extinguido el permiso de Oratorio de dicha Comunidad de Religiosas, quedando reducido dicho lugar a uso profano.

Aprovecho la ocasión para manifestar mi más sincero agradecimiento por la generosidad con la que se han dedicado a la parroquia y a esta Iglesia diocesana de Toledo, con un testimonio viviente del evangelio de la caridad especialmente entre los más pobres y necesitados. Que Dios nuestro Señor las bendiga siempre por su amor entregado y virtuoso ejemplo.

Dado en Toledo, a 13 de junio de 2014.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. el Sr. Arzobispo Primado,
José Luis Martín Fernández-Marcote
Canciller-Secretario General

II. SAGRADAS ÓRDENES DE DIACONADO Y PRESBITERADO

Santa Iglesia Catedral Primada.

29 de junio de 2014.

11 de la mañana.

Ministro: Excmo. Mons. Braulio Rodríguez Plaza .

DIACONADO

1. Adrián Moreno de las Heras
2. David Navarro Manich
3. Antonio Ramírez Varela
4. Javier Sánchez-Mata Caballero
5. Ignacio Noriyasu Watanabe
6. Lucas Pablo Prieto Sánchez
7. Josep Vives Gil

todos diocesanos.

8. Therence Nahayo

*con legítimas letras dimisorias del
Excmo. Sr. Arzobispo de Gitega (Burundi).*

PRESBITERADO

1. José María Bonilla Fraile
2. Miguel Ángel Catalán Arévalo
3. Rafael María Contreras de Saro
4. Eloy García Mejías
5. Juan Francisco Gutiérrez García
6. Raúl Medina Noguera
7. Francisco José Rodríguez González
8. José María Velázquez Muñoz

todos diocesanos

9. Hai Chao (Felipe) Yang

*con legítimas letras dimisorias del
Excmo. Sr. Obispo de TianShui ((China)).*

III. NUESTROS DIFUNTOS

D. Vidal Pérez Díaz. Nació en Bonielles de Llanera (Asturias) el 8 de noviembre de 1928. Estudió en los Seminarios de Toledo y Salamanca y fue ordenado el 7 de junio de 1952. Fue Coadjutor de Madridejos y Párroco de

Santa Ana de Pusa. Participó en la gran Misión de Buenos Aires. Pasó luego a Talavera de la Reina como Coadjutor de Santa María la Mayor. Fue director de la Casa de Ejercicios y Capellán del Centro Diocesano de Educación Especial. Profesor en varios Institutos y Director de Cáritas Interparroquial de Talavera. Ya jubilado puso su residencia en El Cerro (Salamanca). Sufrió un accidente doméstico y fue trasladado al Hospital de Salamanca, donde falleció en la tarde del día 30 de mayo de 2014. Sus exequias se celebraron el día 1 de junio en la Iglesia de la Colegial, Parroquia de Santa María la Mayor, donde durante largos años ejerció su ministerio. Posteriormente fueron trasladados sus restos al cementerio de Carpio de Tajo, donde fue inhumado el mismo día 1 de junio de 2014.

D. Claudio Reyes Martín. Era natural de Albania (Gerona), donde nació el 5 de septiembre de 1946. Estudió en el Seminario de Toledo y fue ordenado el 5 de mayo de 1974. Tenía su residencia en la Casa Sacerdotal de Toledo. Fue ecónomo de Valdecaballeros y de Espinoso del Rey; Párroco de Lominchar y Palomeque; Consiliario del Movimiento Junior de A. C, Vicario parroquial de La Villa de Don Fadrique y de Borox; Párroco de Arcicóllar y Camarenilla, Adjunto a la Delegación de Liturgia y Capellán de la Residencia de Mayores. Con sencillez y admirable entereza sobrellevó su enfermedad. Falleció en el Hospital Virgen de la Salud, en Toledo, el 5 de junio de 2014. En la Casa Sacerdotal fue velado por familiares y sacerdotes residentes que concelebraron la Eucaristía al día siguiente, antes de su traslado a la Parroquia de Mascaraque, donde se celebraron sus exequias. Recibió cristiana sepultura en el cementerio de Mascaraque, el día 6 de junio de 2014.